

HERIDAS Y CICATRICES

Permítanme empezar hoy con un cuento que alguien me regaló hace muchos años y que ha hecho mucho bien a mí y a quienes se los he contado.

Érase una vez un rey que tenía una piedra en verdad preciosa. En aquellos tiempos antiguos sin televisión ni equipos de sonido había que buscar entretenimientos sanos y bellos. Nuestro rey se divertía exponiendo al sol su piedra que funcionaba como un prisma.

Los rayos que entraban en ella salían convertidos en un arco iris magnífico. Pero un día trágico la piedra se zafó de las manos del rey y cayó por tierra. Un rayón horrible atravesaba ahora su tersa superficie... y por supuesto perdió su brillo y transparencia... y el rey perdió la alegría.

Llamaron a todos los sabios, los brujos, los joyeros y los alquimistas del reino. Se inventaron pócimas, lijas, esmeriles, bayetillas... y nada destruyó el rayón que afeaba la piedra y ensombrecía el corazón del rey.

Después de muchos años la piedra yacía en un rincón y el rey no había vuelto a sonreír.

Un día tocó a la puerta del palacio real un humilde picapedrero que al ser recibido habló así: "Oh rey, conozco tu desgracia. Si me permites puedo intentar hacer algo para sanar tu piedra y tu corazón"- El rey desesperanzado, concedió su permiso. Días y noches, sin descanso, el picapedrero trabajó sobre la joya encerrado en los sótanos reales. Al cabo del tiempo apareció con la piedra en sus manos. Un clamor se extendió por el reino "Milagro" gritaron los siervos y los ciudadanos, "milagro" susurraron los gobernantes y los diplomáticos, "milagro" gritaron los militares y los sacerdotes, "milagro" exclamó el rey.

El picapedrero no intentó borrar el rayón espantoso. Al contrario, lo aprovechó como tallo y en su extremo esculpió una rosa bellísima. Ahora la piedra era más bella que antes de haberse rayado. Ahora además de joya era jardín.

Imposible vivir sin herirnos. Unas veces nosotros mismos, otras los demás (incluso quienes nos aman y aquellos a quienes amamos) y otras más la vida, el azar, el no se qué, nos causan heridas en el alma.

Depende de lo que haya en nuestro corazón esas heridas pueden sanar o al contrario infectarse y arruinar la salud y el equilibrio interior.

En el mejor de los casos, si no hay heridas abiertas o infectadas, en el interior todos llevamos cuando menos cicatrices. Qué hacer con ellas a sabiendas de que entristecen y pueden llenar de dolor la existencia? Creo que lo único posible es obedecer la sabiduría del cuento.

En el palacio de nuestras vidas muchos reinamos llenos de dolor y de tristeza contemplando las heridas y cicatrices del pasado. Urge que busquemos al picapedrero y que le abramos la puerta. Me gusta pensar que ese humilde trabajador es Dios o su Hijo Jesús. Pero si no se puede creer en Él, se puede pensar que es el amor o el perdón o los tres. Ellos siempre harán lo mismo: tallar rosas sobre nuestros rayones, transformar nuestras heridas y cicatrices en experiencias que nos vuelven más bellos, más humanos, que nos transforman en seres humanos reconciliados con nosotros mismos y con los demás.

Este es un buen momento para dar una mirada a nuestras cicatrices y abrir las puertas de nuestras vidas.

Julio H. Sobórzano